

LA "OTRA" EPOCA VICTORIANA

TODAVIA no se ha penetrado suficientemente en los misterios de una época histórica tan próxima como es la de la Reina Victoria en Gran Bretaña. Fue, como se sabe, una época de puritanismo y represión. Desde el palacio, la gran viuda dictaba, más que leyes, costumbres; y entre esas costumbres estaba la de irradiar de la vida pública a personas cuyo comportamiento estuviese fuera de las «normas», cada vez más estrechas y más represoras. Algunos humoristas han indicado que el Imperio británico se consolidó entonces gracias a los deseos de huir de aquella sociedad de todos los jóvenes, y que las tendencias sexuales se sublimaron en codicia, en acumulación de riquezas... Lo cierto es que la época victoriana fue, probablemente, la más rica de la Historia en un género literario clandestino: la pornografía. La prostitución y las enfermedades sexuales aumentaron visiblemente; la homosexualidad, también. Y los crímenes sexuales: fue la época de Jack el Destripador. Y la época de Sherlock Holmes, morfinómano y de raro comportamiento sexual: la época de los retorcidos delitos que él descubría de manera no menos retorcida. Conan Doyle, su autor, conoció bien las miserias de la realidad que se ocultaba, y las daba salida por esa vía. ¡Fue la época de Oscar Wilde, que fue a llevar su gloria y su brillo a la cárcel de Reading, y su muerte al exilio francés, por estar fuera de las «normas»!

Algunos papeles que se descubren ahora, o que se publican cumplidos plazos de prescripción impuestos por sus autores o por las leyes, van revelando algo del submundo de la gran sociedad victoriana, y de los dolores y angustias internos de los grandes creadores del imperio.

Por ejemplo, de mister Gladstone. Fue el gran primer ministro que alternó el poder con Disraeli, y entre ambos crearon el imperio. Gladstone vivió durante todo el siglo XIX —menos once años— y tuvo toda clase de poderes además del de primer ministro de la Reina Victoria. Durante casi todos estos años, desde que cumplió los quince hasta que le falló la vista en 1896, escribió un diario. ¡Un diario de veinticinco mil novecientos quince días, un diario de setenta y un años! A su muerte, Gladstone legó este diario al Arzobispado de Canterbury para que lo publicase cuando el tiempo transcurrido pudiera hacerle perder sus condiciones de escándalo. Ha llegado ya ese tiempo. Los dos primeros volúmenes causaron cierto interés en

tre historiadores y políticos: el tercero y el cuarto, que acaban de publicarse —todos ellos anotados y comentados por el doctor Matthew, profesor en el Christ Church de Oxford—, revelan la vida secreta o la curiosa intimidad de un prohombre en la época victoriana.

Gladstone tomó de pronto un gran interés por realizar un «trabajo de rescate» en los burdeles de Londres. Esto sucedió entre 1840 y 1854 (no se conoce todavía el desarrollo de esta misión, hasta que no se publiquen los tomos siguientes). Pero el propio Gladstone no estaba seguro de qué misterioso morbo le llevaba a visitar a aquellas desdichadísimas criaturas —nada más lejos de la «vida ale-

Pablo 'Borbén

gre» que la prostitución en el Londres victoriano—, si el deseo de ayudarlas o de salvarlas, o una atracción más misteriosa. Se sabe que algunas de aquellas muchachas le fascinaron. Se sabe también que Gladstone se culpaba de ello, después, y se castigaba flagelándose. (La flagelación llegó a ser una práctica muy frecuente entre los caballeros británicos de la época.) Siguiendo la costumbre de la época, muchas de estas referencias aparecen con signos en el diario. Una cruz de San Andrés significa la realización de una «misión de rescate»; un látigo, la flagelación.

¿Qué ocurría entre el poderoso y puritano mister Gladstone y las muchachas irredentas? Gladstone consigna que algo pasó, pero no dice qué. Por ejemplo: «Fui con una nota a E. C. (identificada más tarde como Elisabeth Collins). Recibido (inesperadamente). Permanecí dos horas. Extraña y humillante escena». Las escenas «humillantes y extrañas» se repiten, con esa calificación, a lo largo del diario. Se sabe también que en algún caso fue víctima de chantaje, y que corrió algunos peligros de ser identificado, sin que ello le contuviera en continuar sus escenas «humillantes y extrañas». Se cree saber, también, que aquellas «escenas» no eran las que se podrían denominar normales. Al final de sus días Gladstone entregó una nota a su hijo Stephen —pastor—, en la que aseguraba que nunca había sido culpable «del acto que es conocido como infidelidad al lecho matrimonial», pero haciendo ver que esa negativa no tenía más límites que los de la frase exacta. Con las muchachas podrían reali-

zarse otros actos por los cuales se castigaba.

Se castigaba con lo que se ha llamado «el vicio inglés», con la flagelación. Parece claro que esas flagelaciones nunca le eran administradas por la chica rescatada, y que son ajenas a los actos «extraños y humillantes», pero que les siguen en el tiempo. Gladstone se flagelaba a sí mismo y en privado.

Se castigaba... Y la gustaba. En un párrafo del diario lo comenta así: «Se ha considerado suficientemente hasta qué punto el dolor puede convertirse en una fuente de goce? ¿Hasta dónde la satisfacción e incluso una deliciosa acción del dolor pueden ser un verdadero fenómeno experimental de la mente

humana?». Los efectos del castigo pueden ir más lejos que los de una simple acción benéfica de justicia reparadora, y pueden producirse «incluso en el momento mismo de estar recibiendo el castigo».

En cuanto al análisis de estas «desviaciones», el comentarista del libro las atribuye a una serie de desgracias personales y familiares: la muerte de su hija, la conversión al catolicismo de su hermana y algunos de sus más íntimos amigos, la ruina de su mujer, la pérdida de su fe en el partido conservador (por esta época fue ministro «tory», pero luego se pasó a los liberales); su hermana se convirtió en opiómana... Pero también el doctor Matthew describe las presiones, las represiones, el «stress» que la sociedad ejercía sobre un padre de familia en aquella época y sus intentos, honestos, por huir de la tentación sexual. Gladstone llegó a ser lector de novelas pornográficas porque creía que a través de ellas se escapaba su tensión sexual. Lo cual sorprendería mucho a nuestros censores actuales.

En todo esto, algo muy esencial que anotar: la honestidad y la sinceridad de Gladstone al pretender que sus confesiones y su vida secreta fuesen publicadas —como se está haciendo— en una época posterior, en la que no pudiera producir escándalo. Quería que se supiera...

Otros papeles aparecen ahora: un asunto bastante extraño que se mantuvo en secreto. Los papeles

se publican al cumplirse los cien años durante los cuales están protegidos los documentos de los archivos oficiales. Se trata del escándalo del descubrimiento de un burdel para homosexuales, en el que tendrían algo que ver personajes de la familia real. La policía, al hacer su descubrimiento, encontró gravemente comprometido a lord Salisbury, pero éste fue inmediatamente protegido por el primer ministro lord Salisbury; trataba de evitar que si el lord fuese llevado a los Tribunales «fuese comprometida una distinguida personalidad, P. V. A.». Estas siglas corresponden al príncipe Alberto Víctor, hijo de la Reina Victoria y del príncipe Alberto —cuyos nombres llevaba—. Intervino también para evitar el escándalo el príncipe de Gales, que más tarde sería coronado Rey con el nombre de Eduardo VII. Parece que se repartió una gran cantidad de dinero en sobornar testigos —los mismos jóvenes pensionistas de la casa clandestina— para que abandonaran el país. Por una parte, el descubrimiento de estos papeles indica algo ya conocido entre los historiadores: la solidaridad entre todos los miembros del establecimiento para sofocar los escándalos que comprometieran a alguno de ellos. Por otra, la verdadera vida interior que se desbordaba bajo el terrible corsé victoriano.

El príncipe Alberto Víctor ha aparecido recientemente en otros documentos y en otros análisis de la época con una acusación más terrible: la de haber sido nada menos que Jack el Destripador. Las mil novelas y películas que han descrito ese personaje no faltan a una verdad esencial: que un hombre recorrería en las noches los barrios bajos de Londres y que en sus esquinas o en sus tristes habitáculos asesinaba a las prostitutas con un seguro corte de bisturí (se ha supuesto que se trataba de un médico o de alguien con estudios de Medicina). Escribió cartas a los periódicos, pero nunca fue identificado ni, por lo tanto, detenido. Los asesinatos sexuales cesaron tan repentinamente como aparecieron. Las acusaciones contra el príncipe Alberto, publicadas recientemente, basadas en algunos testimonios, han sido muy debatidas y no se ha llegado a ninguna conclusión. Las discusiones han estado más bien motivadas por razones de repulsión o apego a la época victoriana y a la familia real que por otras de tipo científico histórico. En todo caso, se sabe concretamente que el príncipe fue la oveja negra de la familia. ■